

ATENCION PRIVILEGIADA

LITA PÉREZ CÁCERES



La sonrisa de Sabina deslumbraba y al mismo tiempo abrigaba. Era como una bienvenida, una invitación. Siempre pulcra y elegante, se sentaba todas las horas que le exigía su trabajo, sin desmayar, sin gruñir o gritar desesperada al final del día. La señora, vestida con un equipo de gimnasia color rojo vibrante, se acerca muy feliz a la ventanilla del mostrador; debe tener unos 75 y conserva en el rostro la belleza del hueso. Se sienta y mira a Sabina con esperanzas, con esa sonrisa de niño, recuperada por los ancianos imaginativos, por los que creen.

- Buenos días... ¿Qué me dice señora?

- Bien, yo vengo porque mi aparato no marcha más.

- Si me permite, por favor – tiende la mano Sabina para tomar el celular pequeñísimo, maravilla moderna de la comunicación – Voy a ver cuál es el problema.

Ireneo Rodríguez, gerente general de la casa central de Comunicaciones Claras, también está atento a los movimientos y los gestos de Sabina. A él lo pone muy curioso que la gente la prefiera y que, en lugar de sacar un *ticket* para recibir atención de otra empleada, hagan cola para que Sabina les resuelva sus problemas y sus dudas.

El sonido de llamada es normal, Sabina corta.

- Para mí que está bien señora, está llamando.

- ¿Le contestó alguien?

- No, yo corté antes porque fue una llamada de prueba.

¿Porqué dice usted que su celular no anda bien?

- Porque no me llama.

- ¿No llama? ¿No suena el sonido de llamada para usted? – los dedos elegantes de Sabina abren las entrañas del móvil, mira con atención los micro chips y la vida tecnológica que alienta en ese aparatito; duda un poco, lo vuelve a cerrar y pregunta.

- Todo está bien señora, su aparato no está descompuesto.

- Pero él no me llama.

- ¿Quién?

- Mi novio, Juan. Hace tres días que no me llama. No sé qué le ha pasado, nunca deja de desearme las buenas noches, nunca.

- ¿Y desde cuando no lo hace?

- Desde el lunes, fui a la comisaría y me dijeron que tengo que esperar para denunciarlo como persona desaparecida. ¿Cuánto más debo esperar?

- No se agite, señora...por favor, todo tiene solución ¿Cuál es el número de Juan?

- No lo sé, ese era un misterio de los tantos que nos hacían la vida más atractiva. Nos conocimos en el Botánico y él me confesó que no se llama Juan, pero que para mí sería siempre Juan.

- Y me dice que la llamaba siempre por las noches , ¿verdad?

- Sí, sí, me decía palabras dulces, tiernas y esperaba que me hicieran efecto las pastillas que me dan en el hogar.

- ¿En su hogar, en su casa de usted?

- No, en el hogar de ancianas donde vivo, allí me cuidan y me tratan muy bien.

- Bueno, no se preocupe, ahora voy a ver al técnico para que revise mejor su celular y enseguida vuelvo. ¿Cuál es su nombre?

- Para él soy María.

Sabina va al toilette y abre el objeto comunicante, busca en el menú las llamadas recibidas y encuentra un número repetido, que ha llamado a la misma hora durante varias noches. Toca opciones y elige llamar. Luego de un momento, una voz femenina responde.

- Hola.

- Hola, estoy llamando de Comunicaciones Claras y quiero comunicarme con el señor Juan.

- Equivocado – la mujer tiene un ruido de sollozo en la garganta.

- Disculpe, por favor, no corte, es que hay una señora que busca a un señor que tiene este teléfono, él le dijo que se llamaba Juan.

- Sí, era su segundo nombre, pero nunca lo usaba. Y ahora... (la mujer del teléfono llora).

- Disculpe. ¿Tiene algún problema el señor?

- No, ahora ya nunca más tendrá problemas, él ha descansado. (Cuelga)

Sabina también lo hace y queda pensativa unos instantes. Luego se dirige decidida hasta su sitio. La cola frente al mostrador ha crecido, la señora de rojo la espera ansiosa, ilusionada.

- Todo está resuelto, señora María, no ha pasado nada serio.

- ¿Y Juan?

- Hablé con él, estaba partiendo de viaje y le envió un mensaje.

- ¿Qué dijo?

- Que él se adelanta para prepararle un lugar a usted. Que

estarán los dos juntos para siempre y volverá a decirle todas esas palabras que usted recuerda.

- Pero ¿cuándo?

- Cuando Dios quiera, señora, cuando Dios quiera – Sabina se levanta y abraza a la señora de rojo, muy fuerte. Un abrazo de vida.

- Comprendo – dice la señora y se retira llevándose el recuerdo de la sonrisa de Sabina.